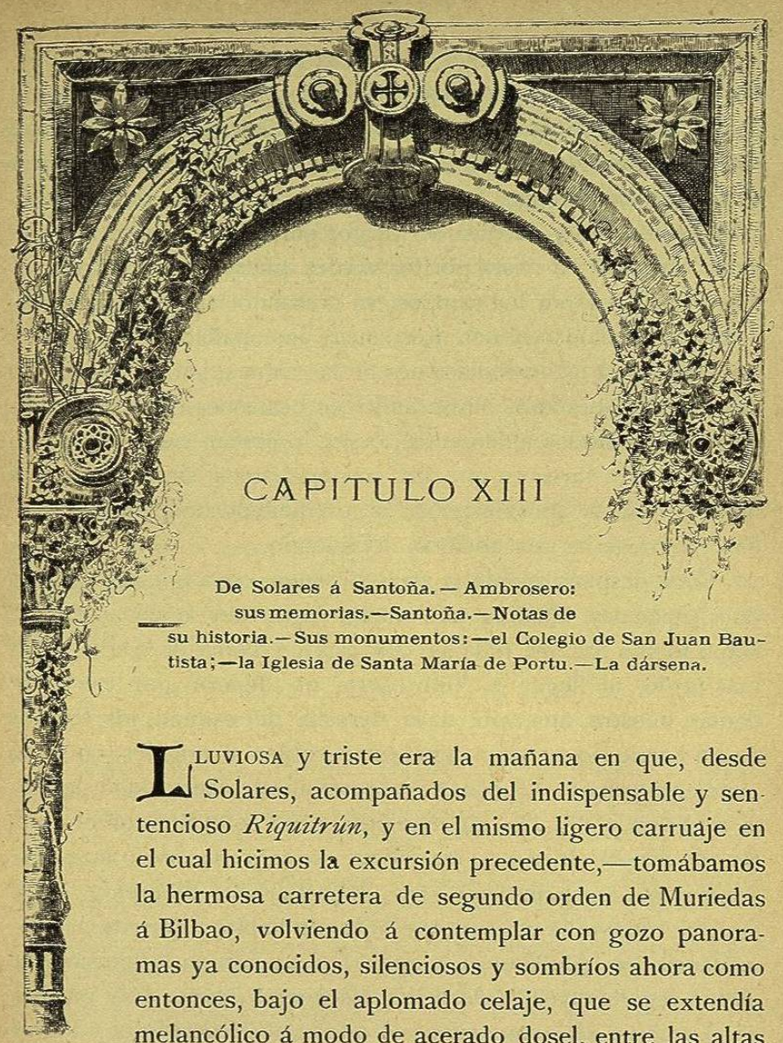


CAPITULO XIII

De Solares á Santoña.—Ambrosero: sus memorias.—Santoña.—Notas de su historia.—Sus monumentos:—el Colegio de San Juan Bautista;—la Iglesia de Santa María de Portu.—La dársena.

Lluviosa y triste era la mañana en que, desde Solares, acompañados del indispensable y sentencioso *Riquitrún*, y en el mismo ligero carruaje en el cual hicimos la excursión precedente,—tomábamos la hermosa carretera de segundo orden de Muriedas á Bilbao, volviendo á contemplar con gozo panoramas ya conocidos, silenciosos y sombríos ahora como entonces, bajo el aplomado celaje, que se extendía melancólico á modo de acerado dosel, entre las altas cumbres que de todos lados se divisaba imponentes. Así pasamos por El Bosque y por Hoznayo; así dejamos á nuestra derecha el empalme con la carretera provincial Anero á La Cabada por Entrambasaguas, y continuamos por Anero hasta Praves, encontrando en el trayecto, y antes de llegar á este último punto,

lindando con el arrecife del camino, la humilde *Ermita de Jesús del Monte*, cuyo aspecto nada prometía. Llevábamos hasta allí andados desde Solares poco más de 12 kilómetros, y la cuidada carretera, humedecida por la lluvia, ora discurría serpeando entre frondosísimos bosques; ya faldeando alguna altura rocosa, tapizada de *jalechos* y de escajos; ya por entre filas de olmos, y dejando espaciar la vista por las verdes mieses, por los caseríos amontonados y por los campos; ya cruzando algún regato más ó menos caudaloso, y con frecuencia acompañada de vacas y novillos que á las inmediaciones de las aldeas, pacían tranquilamente en las praderas, levantando en ocasiones el testuz y dirigiéndonos miradas indiferentes, ó por lo común continuando en la importante tarea en que las sorprendíamos, sin molestarse á nuestra ruidosa aproximación, ni extrañando tampoco el metálico rumor de las cascabeleras del ganado.

Poco después, quedaba atrás Beranga, cuya iglesia, «gallarda y espaciosa, domina una vasta vega, tan amena y florida como lo son las de toda la comarca», y cerca de media legua más tarde, al llegar á Ambrosero, no dejaron por cierto de llamar nuestra atención, á la derecha del camino, los tejados de un barrio, que asomaban entre robles y nogales, en suelo pendiente y bajo. Provocan sobre él nuestra curiosidad, lector, la tradición y aun los monumentos, pues conocido con el nombre de *Barrio Madama*, en él se asegura que vivió la madre del famoso don Juan de Austria, doña Bárbara Blomberg, señalándose todavía la casa en que hubo de habitar durante su permanencia en Ambrosero, y aún «hay tapices en la Iglesia que fueron regalo suyo» al decir de las gentes, como «hay papeles en el archivo del ayuntamiento», que también acreditan y corroboran cual se afirma, el tradicional testimonio (1). La carretera

(1) Escalante, *Costas y Montañas*, pág. 166.—Bárbara Blomberg «era hija de un burgués de Ratisbona, hermosa y habilísima en el canto, afición tenaz del emperador [Carlos de Gante]». «La honda melancolía que á intervalos le asaltaba desde la muerte de la emperatriz, acaecida en 1539..., se desvaneció al halago de

prosigue adelante por espacio de dos kilómetros y medio hasta llegar á Gama, punto en el cual se bifurca en dos ramales diferentes, el uno que conduce por la derecha á la histórica villa memorable de Laredo y continúa hacia Bilbao, y el otro que tuerce á la izquierda, y sigue á Santoña, plaza fuerte de tantos recuerdos, y en la cual habíamos de detenernos. Entre ambos, y cruzada la calle que el modernizado caserío forma á los lados del camino, quizás, lector, repares en el letrero que, arrogante y pretencioso, cual muchos que habrás de advertir si nos acompañas galante por toda esta provincia, en tres líneas de capitales mal hechas á la puerta de la tienda establecida allí en insignificante edificio, llama al consumidor, diciendo: «ENTRA —Y VERÁS.—B Y B».

Como despertando de profundo sueño, y envuelto aún en nacaradas nubes que á trechos flotaban por el espacio, el sol había aparecido con intermitencias, y reflejaba su lumbre desmayadamente sobre el arrecife por el cual hubo de proseguir su marcha el carruaje, al galopar cansado de los tres caballos que

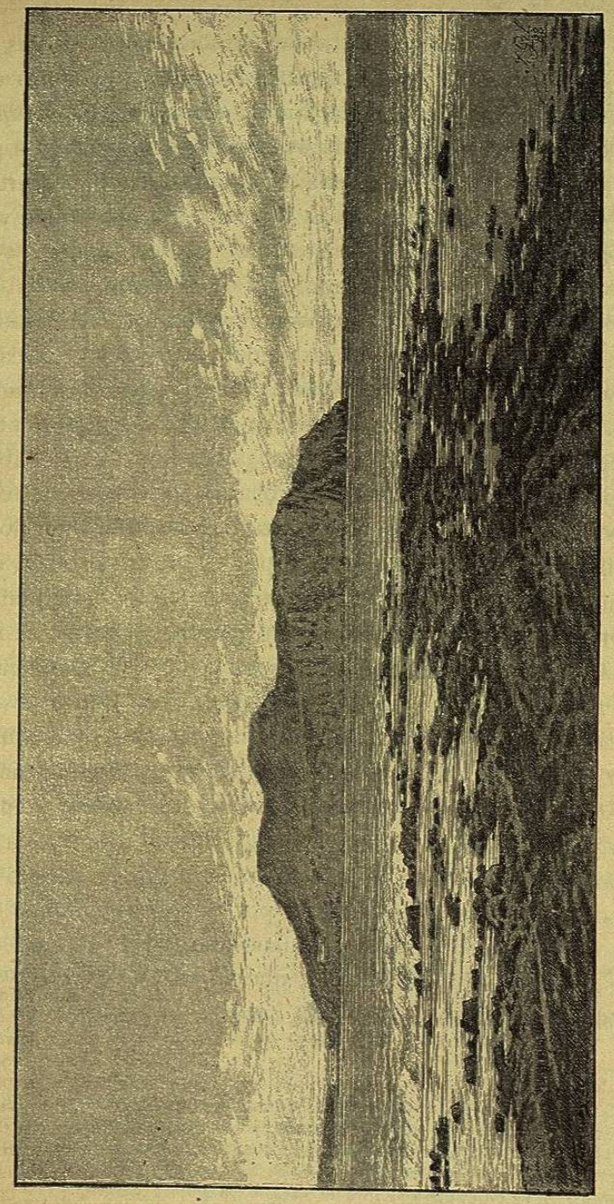
la voz melodiosa, y la voz plantó su eco tirano, indeleble y profundo, en el lugar de donde había ahuyentado el pesar».—«Casóse más adelante con un alemán, Kegell, comisario en los ejércitos reales; tuvo de él dos hijos y quedó viuda». «Mas en su viudez no vivió con el recato y modestia á que parecía obligada por las memorias unidas á su nombre».—«Tanto fué, que de acuerdo con su propio hijo don Juan, el rey Felipe II dispuso su venida á España».—«Estableciose en San Cebrián de Mazote, en tierra de Valladolid; trasladóse luego á Colindres según los instrumentos históricos, á Ambrosero según la tradición confirmada por las memorias que en Ambrosero quedan...» «En Colindres ó Ambrosero murió hacia 1598, y en su testamento dejó ordenado se celebrase su entierro en el convento de Laredo, y se enterrase su cuerpo en San Sebastián de Anó» (Id., *id.*, páginas 162 y 163). A pesar de las indicaciones del Sr. D. Amós de Escalante relativas á los tapices, ni en la actualidad existen, ni nadie sabe de ellos cosa alguna. «No hace muchos años—dice el hermano de aquél, D. Agabio, aludiendo á los mismos tapices—andaban por acá ingleses ó franceses, herejes casi siempre, según las comadres de mi lugar, los cuales ofrecían tanto y cuanto por muchas cosas que veían olvidadas dentro de nuestras iglesias...» «Hoy muchos cristianos viejos sin mezcla de judíos, al parecer, andan tan enamorados del arte divino, que en topando bulto, tela ó alhaja con olor á incienso, no se separan de ello á la primera: así está de espigada la mies de los tesoros de la Iglesia» (Arremiendos, *El espolique artista*, artículo del álbum *De Cantabria*, pág. 104).

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA

le arrastraban. Á la derecha presentábanse las marismas que, abarcando notable extensión y situadas en la gran cuenca de la bahía de Santoña, forman de ella dos senos, comprendidos entre la villa de Escalante, por la que pasa la carretera á poco más de un cuarto de legua de Gama, y los pueblos de Bárcena, patria del insigne marino D. Juan Antonio de la Colina y Rasines (1), Cícero y Treto. Bordeándolas en amplia curva, y cruzado el empalme de la carretera provincial de Argoños al Puntal,—veíase ya más de cerca el encumbrado peñote, á cuya falda occidental se agrupa la villa de Santoña, plaza fuerte, cabeza del partido judicial otro tiempo denominado Entrambasaguas, por hallarse el territorio de su jurisdicción comprendido entre el río Miera y el Asón, y en la cual llegaba el número de habitantes el 31 de Diciembre de 1887 al de 7,169. Mientras el coche recorría los escasos cinco kilómetros que desde el referido empalme distaba aún la villa, recordábamos cuanto respecto de la etimología de su nombre han escrito los autores, empeñados cada uno de ellos desde su especial punto de vista, en explicar á su modo y según su conveniencia y sus fines, la significación del apellido que la población ostenta.

Quién de ellos, dando crédito de buena fe á lo que dijeron los genealogistas y los falsos cronicones, trae á la memoria, según es tradicional en la villa, que de ella era natural y en ella con otros ocho compañeros recibió el martirio «durante la persecución del feroz Diocleciano» *San Ananías*, quien murió des-

(1) Nació en Bárcena de Cícero el 23 de Mayo de 1706, y todavía existe la casa que hubo de erigir para su morada en aquel pueblo, la cual es conocida por *la casa de Colina*. Los lectores que lo desearen, pueden consultar para la biografía de este hijo ilustre de la Montaña, tanto la *Galeria biográfica de generales de marina*, escrita por el Almirante D. Francisco de Paula Pavía y Pavía, como la obra titulada *Marinos ilustres de la provincia de Santander* de los señores D. José Antonio y D. Alfredo del Río (Santander, 1882), y los *Hijos ilustres de la provincia de Santander, Estudios biográficos*, por D. Enrique de Leguina.—Bárcena de Cícero se halla situada en terreno desigual y sobre las mismas aguas de la bahía de Santoña, confinando con Escalante, el mar, Cícero y Ambrosero; el censo provisional de 1887 arroja en este pueblo 1845 habitantes.



La Peña de Santoña, desde el arenal de Laredo

peñado el año 300 de la Era de Jesucristo, y que por esta causa, y en honra de aquel santo varón, recibió la población desde entonces el nombre de *Santo Ananías*, cambiado por contracciones sucesivas y nada inverosímiles, en *Santonia*, Santoña más tarde (1); quién, afirma con la autoridad lograda en largas y penosas investigaciones histórico-geográficas de nuestra Península, que «no darán lejos del blanco de la verdad..., cuantos conjeturen que [la etimología de Santoña] debió ser la de *Sand'onia;* equivalente en lengua éuskara, á *Pie y desembocadura del Sanda;* con harta propiedad,—prosigue, esforzando el supuesto,—como que la *Peña Santonia* (que tal se llamaba todavía en 1639) sirve de escabel y de pie al río Asón, apellidado de los iberos *Sanda* ó *Sanga*, por testimonio de Plinio». «Siempre—concluye—guardó la roca su primitivo nombre de *Sandonia* ó *Santonia;* así como hasta hoy la población, el antonomástico de *Puerto*» (2).

Quién, sostiene con tesón que este nombre de *Santoña*, cuyo origen «algunos escritores han querido suponer que viene de *santo, sant, sanctus*, es... nombre éuskaro ó vascongado», según piensa el autor aludido arriba, «bastando conocer su significación en este rico y primitivo idioma para comprender lo que ha debido ser y será siempre ese aislado Peñón..., esto es, un *collado, monte quebrado, redondo y de poca extensión, que sirve de guarda ó custodia á la tierra*, y se descompone en esta forma: *zantz* ó *santz*, guarda ó custodia, *oñ, oñ-a*, collado redondo, quebrado y poco extenso». En comprobación de tal aserto, añade explanando su juicio: «La guarda á que se alude en el *zantz* ó *santz*, que en los diferentes dialectos del éuskaro tiene las variantes de *zantz-a*, cuya *a* final es característica de apelativo y corresponde al artículo castellano *la, el*, es *guarda ocular, guarda de vista* ó de *observación*» (1). «En cuanto á la terminación *oñ-a*, su significado—prosigue—no admite tampoco duda, si nos atenemos á la autoridad irrecusable en estas cosas de Astorloa, quien afirma que *oñ* (con la nota de apelativo se pronuncia *oñ-a*) se compone de la vocal *o*, que significa redondo, tosco y alto, y la consonante *ñ*, nota de pequeñez ó disminución; *oñ*, unido, significa *altito, redondito, tosquito*, cualidad predominante en muchas colinas que se significan con esta voz» (2).

(1) D. Manuel de Prida, *Compendio de historia antigua y moderna de Santoña*. «En este trabajo—dice el Sr. Bravo y Tudela—se recogen todas las fábulas de los genealogistas y falsos cronicones, pudiendo considerarse todo él como una mitología de la comarca» (*Recuerdos de la villa de Laredo*, pág. 26, nota).

(2) Fernández-Guerra, *El Libro de Santoña*, págs. 22 y 23.

No faltará, por último, quien nos diga, que este nombre de *Santoña* es de perfecta formación latina, cual aseguran los primeros, y que no otra cosa es sino confusión corrompida de *Sancta Omnia*, por haber sido allí rendida, mediado ya el siglo v de nuestra era, adoración á todos los santos por los hérulos deshechos en una borrasca (3); tú, lector, escogerás de estas etimologías la que por más acertada tengas, según tus aficiones, pues nosotros no sabremos decidir en el litigio, enemigos como somos de tareas semejantes, siempre ocasionadas, siempre difíciles y siempre aventuradas é inseguras, cuando no hay otro dato para llegar al conocimiento exacto de la verdad, que un nombre, cuyo valor fonético y cuya ortografía, tanto deben haber cambiado con los tiempos. Prescindiendo en consecuencia de todas estas cuestiones, y entre ellas, aun siendo las más principales, de las que promueve alguno de los escritores arriba citados (4),—observa-

(1) «*Dictionario trilingüe* de Larramendi, palabra *guarda*» (Nota del Sr. Bravo y Tudela).

(2) D. Antonio Bravo y Tudela, *Recuerdos de la villa de Laredo*, págs. 26 y 27, citando la *Apología de la lengua vascongada*, de Astorloa, pág. 71, y á Erro en su *Alfabeto primitivo*, pág. 203.

(3) Escalante, *Costas y Montañas*, pág. 98.

(4) «El Sr. Fernández-Guerra, al hacerse cargo de la significación metafórica *pie* de que habla el vascófilo Astorloa, sigue á éste, á pesar de que no podía ocultarse á su esclarecido ingenio lo violento de conceptuar como *pie de un rio* una roca, cuando en todo caso el río debía ser *pie de la roca*». «El que la roca se llamase en 1639 *Santonia*, que en la pronunciación es *Santoña*, no dice nada en pro ni

rás, lector, que mientras por apasionado espíritu, hay quien menospreciando sin razón á Santoña, estima que «para lo que..... ocupa una ventajosa posición es para lazareto y faro» (1), juicio ni justo, ni exacto ni admisible,—otros, con mayor justicia, no exenta de disculpable pasión filial por cierto, la consideran «una de las más valiosas joyas de España», «causa generadora de la riqueza y bienestar de la patria, y llave sagrada para guardarla». «Tal vez,—añaden,—no hay, en efecto, en España un punto donde la naturaleza haya prodigado mayor número de circunstancias útiles que en Santoña, dado que á la seguridad de un puerto cuyos fondeaderos pueden tomarse en toda clase de tiempos, se reune la riqueza de los minerales y los saltos de agua que hay en su contorno, su proximidad á los puertos del Norte de Europa, al interior de la Península y á la línea del Ebro, y especialísimas circunstancias que hacen de este punto una fortaleza inexpugnable en el sitio más estratégico de la Costa» (2).

Unida al continente por el *Arenal de Berria* al NE., Santoña es verdadera península, y «se destaca en el mar,—al decir de sus hijos,—como preciado fruto de la tierra, que no ha querido Dios quedase sepultado bajo las olas, y abrupto monte y tajada peña, donde se estrellan y deshacen las tormentas», siendo «en los huracanes asilo benéfico de los navegantes, y, en los días plácidos, encantadora mansión que embellecen los naranjos y

---

en contra de ambas opiniones, pudiendo citar entre otros ejemplos del *oñ-a*, el santuario de Begoña en Bilbao que da nombre á la república en que está enclavado». «Este santuario está al pie de una colina alta, redonda y tosca, de la cual toma su denominación de *Be*, bajo, *g*, letra eufónica, y *oñ-a*, colina, todo lo cual significa al *pie* ó en la parte baja, ó debajo de la colina» (Bravo y Tudela, *Recuerdos de la villa de Laredo*, págs. 28 y 29). Este escritor olvida, sin embargo, que en la página anterior, después de declarar «autoridad irrecusable en estas materias» á Astorloa, acepta que equivaliendo la vocal *o* á redondo, tosco y alto, y la consonante *ñ* á nota de pequeñez ó disminución, «*oñ*, unido, significa *altito, redondito, tosquito*» y que el santuario de Begoña se halla, segun afirma, «al pie de una colina *alta*, redonda y tosca.

(1) Bravo y Tudela, op. cit. pág. 31.

(2) D. Baldomero Villegas, *Por deber y por amor* (Album *De Cantabria*, página 215).

perfuman á porfía el azahar y las flores». Su puerto, «amparado de los vientos Sur al Norte; únicos malos en la costa», brinda «fácil refugio á los barcos que no» lo pueden tomar «en Bilbao, Castro y Santander», y cuyo único y poco importante inconveniente lo constituye en la bajamar su barra, que es de piedra y de poca extensión y no difícilmente corregible. Con tales condiciones, y siendo «la peña Santonia tan celebrada y conocida por su grandeza y ser el mayor abrigo y defensa que en todas las costas de España tienen las armadas», según se decía de ella en 1639 (1),—causa con verdad maravilla, si hemos de dar crédito á muy recientes estudios, cómo este abrigado puerto de los coniscos, y por qué causa este lugar fortificado por la naturaleza, vigía y avanzada insustituible en el cantábrico golfo,—ni mereció de los romanos ser apreciado debidamente, ni en los días de la Reconquista suena con carácter y representación propios y determinados, ni aun después de 1639 se le hubo de reconocer en realidad la importancia que desde el punto de vista marítimo, el mercantil y el estratégico hoy justificadamente se le reconoce.

Guía en las investigaciones histórico-geográficas de la Península,—Plinio, al hablar de estas regiones, y refiriéndose en ellas á las adjudicadas á la actual provincia de Santander, luego de mencionar el puerto de los Amanes «ubi nunc Flaviobrica colonia», designa, por ser sin duda los más notables de Cantabria, tres no más de los puertos de la misma, caminando de Oriente á Ocaso, que eran el *Portus Victoriae*, propio de los juliobrigenses, el *Portus Blendium*, y por último, como correspondiente á la gente cántabra de los orgenomescos, el *Vereasueca*, en la parte occidental del distrito. Señalar por modo cierto y seguro, con cuál de los cuatro puertos principales y habilita-

---

(1) Escalante, *Costas y Montañas*, apéndice núm. 8: *Lo que sucedió en la villa de Laredo y costa de España con la armada francesa, y general Arçc.° de Burdeos año de 1639;* Fernández-Guerra, *El Libro de Santoña*, apéndice VIII.° en que reproduce esta relación.

dos hoy para el comercio en la costa cantábrica y descartando á Castro-Urdiales, concierta cada uno de los que Plinio enumera,—labor ha sido difícil, que ha dado margen á encontrados pareceres. El P. Mtro. Flórez, montañés, decía en orden al puerto más oriental de los cántabros, el primero de que hace mérito el insigne naturalista romano, y el único para nosotros por el momento interesante, que «acerca del sitio de aquel *Puerto de la Victoria*», cuyo nombre anterior resulta desconocido, «es lo más regular ponerle en *Santander;* pero no es cosa cierta—añade,—por que Plinio pone en los cántabros dos puertos despues de este de los juliobrigenses, caminando hacia Asturias; y despues de Santander no tiene la Cantabria dos puertos al Poniente», de lo cual deduce en consecuencia, que el *Puerto de la Victoria* debe ser reducido á Santoña (1); de esta misma opinión se declara el docto Fernández-Guerra, al referir cómo en la guerra cantábrica Marco Agripa «trae naves de Inglaterra y Bretaña, cerca por el Océano» á los montañeses, y «alcanzando el triunfo definitivo la armada latina en las aguas de Santoña y Laredo, recibe aquel peñasco la denominación ilustre de *Puerto de la Victoria*» (2).

Empeñado en enaltecer con individual monografía la fama de una de las comarcas montañesas,—otro escritor se esfuerza posteriormente en demostrar que el indicado puerto ni es el de Santander, ni el de Santoña, sino precisamente el de Laredo, «aun cuando parezca para el caso una misma cosa» (3); y aunque Tamayo, Henao, Masdeu y Flórez hablan «de una lápida romana hallada en Santoña, piedra votiva erigida á Septimio Severo por los navieros ó mareantes juliobrigenses» que ninguno de ellos vió, sin embargo de lo cual «todos la describen y examinan bajo la fe [dudosa para Flórez] de referencias anterio-

(1) *La Cantabria*, pág. 53 y siguientes de la ed. de 1877.
(2) *El Libro de Santoña*, pág. 22.
(3) Bravo y Tudela, Op. cit. págs. 22 y 23.

res», y que «á ser auténtica y auténtico su hallazgo, ayudaría á esclarecer el punto geográfico de la verdadera situación del Puerto de la Victoria de los juliobrigenses» (1),—el último ilustrador de Cantabria, estudiando de nuevo y con especial detenimiento el texto de Plinio, resuelve la cuestión con señalar á Santander como el *Portus Victoriae* controvertido, corrigiendo y reformando así su anterior opinión ya mencionada (2), corrección que viene á corroborar y fortalecer el testimonio de erudito escritor montañés, para quien «la bahía de Santander fué el Puerto de la Victoria de los juliobrigenses», habiendo sido halladas «en sus márgenes... recientemente monedas, mosáicos y termas de los caudillos romanos» (3), cosa que no hay noticia haya acontecido hasta el día ni en Santoña, ni en su vecina la interesante villa de Laredo.

Plinio, al recorrer de Levante á Ocaso la costa boreal de España, nota sencillamente las particularidades para él más dignas de ser recordadas; y luego de hacer mérito del puerto de los Amanes, penetra en la Cantabria, hace constar que en ella hay nueve ciudades, capital cada una de ellas de una tribu cántabra, y distingue como lo más notable en pos, el *flumen Sanga*, cuya desembocadura en el Océano es en realidad digna de distinción semejante. El erudito Fernández-Guerra señala, á nuestro juicio con indudable acierto, la correspondencia del *Sanga* con el *Assón*, que se arroja al mar entre Laredo y Santoña; pero otro escritor, ya mencionado, identifica el río Sanga con el *Agüera*, haciendo constar que «la etimología éuscara de *Sanga;* cuya terminación en *ga* nos parece la verdadera, confirma esta opinión», á lo que entiende. «Si el nombre de este río,—expresa,—debe escribirse *zanga* ó *sanga* (pues la *z* y la *s* se emplean

(1) Escalante, *Costas y Montañas*, pág. 152.
(2) Fernández-Guerra, *Cantabria*, pág. 105 del t. IV del *Bol. de la Sociedad Geográfica de Madrid.*
(3) D. Angel de los Ríos y Ríos, art. Introducción del álbum *De Cantabria*, pág. 11, ya citada.